



Nuevos recursos y viejas opresiones: dinámicas políticas en Guinea Ecuatorial

Este texto pretende dar cuenta de los últimos acontecimientos políticos en Guinea Ecuatorial, desde una perspectiva histórica y transnacional de las dinámicas sociales, económicas y políticas. El ejercicio férreo y exclusivo del poder del Estado por una familia, el atropello sistemático de los derechos humanos y la pobreza y el desorden político generalizado que caracterizan al país centroafricano hacen difícil al estudioso adoptar la necesaria distancia con respecto a la trágica inmediatez de los hechos. Sin renunciar a una perspectiva crítica, estas páginas son un primer intento, por parte de quien las escribe, de situar la política guineana en el marco de procesos y contextos más amplios, y de utilizar algunos pertrechos teóricos de las ciencias sociales y los estudios africanos para analizar y comprender dinámicas que a menudo se sitúan entre la vida y la muerte de sus protagonistas.

■ Elecciones con opositores en prisión

El pasado 15 de diciembre de 2002 se celebraron en Guinea Ecuatorial las segundas elecciones presidenciales desde la reforma constitucional llevada a cabo a inicios de los años 90. Además del presidente Teodoro Obiang Nguema, se presentaron candidatos de cuatro partidos diferentes al gubernamental Partido Democrático de Guinea Ecuatorial (PDGE), aunque sólo Celestino B. Bakale, de la socialdemócrata Convergencia Para la Democracia Social (CPDS), suponía una verdadera alternativa. Los demás partidos políticos forman parte de la coalición gobernante con el PDGE y poseen una exigua base social. El masivo fraude electoral llevó a la CPDS, junto al resto de partidos políticos acólitos del PDGE, a retirarse de los comicios pocas horas antes del cierre de las mesas electorales. No obstante, Obiang se proclamó de nuevo presidente con el 97,7% de los votos.

El clima político en el país era especialmente tenso, después de que un juicio sin garantías, en el que se utilizó la tortura para la obtención de confesiones, hubiera enviado a prisión en agosto de ese año al secretario general de CPDS y principal

opositor, Plácido Micó Abogo, y al núcleo de otro partido aún no legalizado, Fuerza Demócrata Republicana (FDR). Este grupo político obtiene sus principales apoyos en el distrito de Mongomo, tradicional feudo de la familia Nguema en el poder, lo que explica la violenta reacción de ésta a un desafío tan claro a su pretensión de ser el interlocutor exclusivo de los mongomitas frente a la supuesta animadversión del resto de los distritos. El trato carcelario a gran parte de estos opositores ha sido de vejación permanente, incluyendo el aislamiento durante meses, el hambre y el maltrato.¹

El juicio provocó discretas presiones internacionales durante los meses posteriores, provenientes fundamentalmente de la Unión Europea, Estados Unidos y España. La Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, sin embargo, había retirado poco antes del juicio a su relator especial para aquel país, y no lo repuso en la sesión de mayo de 2003. Esta tibieza internacional ante la grave violación de los derechos humanos se reflejó en las reacciones ante las elecciones presidenciales, que ni los observadores africanos, únicos invitados por el régimen, reconocieron como libres y justas, pero a cuyo acto final, la toma de posesión de Obiang en enero, asistieron altos dignatarios mundiales, incluido el secretario de Estado español de Asuntos Exteriores. Por su parte, España continuó su política de los últimos años de «normalización» de las relaciones con su ex colonia, alcanzando en 2003 acuerdos de conversión de deuda y promoción de inversiones, al margen de cualquier condicionalidad política. Los gestos de acercamiento, como la reapertura de la embajada de Estados Unidos en Malabo o el anuncio de la visita del presidente español, José María Aznar, se han hecho más explícitos tras la liberación del principal opositor al régimen.

Efectivamente, en agosto de 2003 fueron amnistiados Plácido Micó y diecisiete personas más de las condenadas en el juicio del año anterior. Inmediatamente después, se celebró una reunión de todos los partidos políticos con el Gobierno en la ciudad costera de Mbini, comarca natal de Micó. El objetivo, según el Gobierno convocante, era llegar a un acuerdo sobre la revisión de algunas leyes referidas a elecciones, partidos políticos y los derechos de reunión y manifestación. Aunque se llegó a un documento conjunto, la oposición de CPDS denunció la nula voluntad de negociación del Gobierno, que se negó a debatir cualquiera de las sugerencias propuestas por este grupo.

En el ámbito socioeconómico, el producto interior bruto fue en 2002 de 2.200 millones de dólares, que dado lo exiguo de la población —480.000 habitantes, aproximadamente— sitúa el PIB per cápita, según paridad del poder de compra, en 15.073 dólares estadounidenses.² El crecimiento económico que en los últimos años ha permitido estos datos tan excepcionales se ha debido a la explotación de los enormes yacimientos petrolíferos que se encuentran en el mar continental gui-

neano. Sin embargo, el Índice de Desarrollo Humano para Guinea Ecuatorial (IDH) del PNUD sigue mostrando valores muy bajos para dimensiones como la esperanza de vida, la educación o los ingresos reales, siendo el país del mundo que muestra más distancia entre la clasificación del PIB per cápita y la del IDH.³ Esta situación es consecuencia de la concentración de la riqueza petrolífera en manos de la pequeña elite en el poder, como denunció la organización internacional Global Witness en enero de 2003, tras la información publicada en un periódico estadounidense sobre la existencia de una cuenta millonaria en un banco de Washington a nombre del dictador Obiang.⁴

■ Instrumentos del autoritarismo

La actitud de la elite gobernante durante este último año no hace más que reiterar dinámicas antiguas, que se retrotraen más allá de la reforma constitucional de los noventa, y que no persiguen otra cosa que su mantenimiento en el poder. Éste no es un objetivo exclusivo de las autoridades guineanas, pues se podría decir lo mismo de la mayoría de los gobernantes del mundo. Pero las formas en que se ejerce la autoridad, así como la disponibilidad a abandonar el Gobierno, distan mucho de ser iguales en todas partes.

En Guinea Ecuatorial, la arbitrariedad y el miedo, escenificada periódicamente en los juicios contra la oposición como el celebrado en junio de 2002, constituyen elementos fundamentales de la práctica del poder. Más allá de los opositores conocidos, cualquier ciudadano puede ser objeto de detención arbitraria, de abuso de poder y hasta de maltrato físico en las dependencias policiales. La represión y la violencia cotidiana, ejercida en todos los niveles de la sociedad por las fuerzas de seguridad, constituyen el principal mecanismo utilizado contra la consolidación de cualquier tipo de protesta y disuade a los descontentos de militar en los partidos u organizaciones críticas con el Gobierno.

En combinación con el miedo, la cooptación de toda persona susceptible de liderazgo constituye otra forma de domesticar la disidencia política. En Guinea, son las mismas personas las que pueden ser detenidas y torturadas en un momento, y designadas altos cargos del Gobierno en otro. La exigua redistribución de la riqueza existente se produce a través de la participación en las redes clientelares que atraviesan el Estado, que, frente a lo ocurrido en otros países africanos a causa de la crisis económica, han experimentado un cierto crecimiento en Guinea. Y es que la explotación del petróleo y las ingentes cantidades de recursos que ha proporcionado al Estado desde mediados de los años noventa, ha facilitado enormemente esta dinámica de cooptación de las elites alternativas.

El resto de la población no tiene, sin embargo, la posibilidad de disfrutar de los nuevos recursos. El empobrecimiento en el que vive la mayoría constituye otro de los mecanismos del régimen para evitar el surgimiento de movilizaciones sociales y la articulación de reivindicaciones. Además de negarse a invertir parte de los ingresos del petróleo en servicios sociales para la población, las autoridades estorban cualquier iniciativa privada o empresarial dirigida a mejorar las condiciones de vida de sus promotores, especialmente si se plantean al margen del Estado o del partido en el poder. Sólo las grandes empresas extranjeras, sin conexiones con la población, tienen más posibilidades de lucro que los nacionales, para quienes la afiliación al PDGE y la participación en las redes clientelares del Estado son requisito imprescindible, también en el ámbito de la actividad empresarial, para minimizar el impacto negativo del poder sobre la actividad económica de los guineanos.

En suma, podríamos coincidir con Chabal y Daloz que en Guinea lo que aparece a ojos del observador como desorden político es en gran medida producto de estrategias de los gobernantes para mantenerse en el poder. La existencia de un marco normativo y político más previsible y menos arbitrario facilitaría la autonomía de la sociedad con respecto al Estado y la expresión del descontento social. Y eso es algo que las autoridades no están dispuestas a enfrentar de manera democrática, conscientes de la débil legitimidad política de que disponen.

■ La preponderancia del Estado

Para comprender el autoritarismo del miedo en Guinea Ecuatorial, y la negativa rotunda de los que actualmente ocupan el Gobierno a abandonarlo, es necesario atender, entre otros asuntos, a las estructuras políticas, económicas e institucionales en vigor, generadas a lo largo del tiempo.

La resistencia del Gobierno de Obiang a permitir la disidencia y la alternancia política se debe a que hay demasiados privilegios adquiridos en juego para el grupo que ocupa el poder. En Guinea Ecuatorial, como en muchos países subsaharianos, el Estado es el principal instrumento de acumulación económica: no existen fuentes de riqueza significativas al margen de él, pues la explotación del petróleo o de la madera, la ayuda al desarrollo o los impuestos a la exportación, pasan necesariamente por sus manos. Quienes controlan el Estado, controlan todos los recursos, no sólo políticos, sino también económicos, así como los que proporciona el reconocimiento internacional de la soberanía y la capacidad de negociación en los distintos foros bilaterales, regionales o mundiales. Formar parte de quienes manejan el Estado supone la posibilidad de promoción social, mientras que estar excluido conlleva la marginación no sólo política, sino también laboral y hasta familiar.

La preponderancia del estado en Guinea, y en la mayoría de los países africanos, proviene en gran medida de su «extroversión», de ser el interlocutor privilegiado entre la población y los mercados e instituciones internacionales.⁵ La base social del Estado es, por el contrario, muy exigua, incapaz por sí sola de financiar a través de los impuestos las arcas públicas, y está conformada por una pequeña elite. La mayoría de los ciudadanos apenas recibe algún beneficio de la administración del Estado, y desde el punto de vista de este último, la población pareciera a menudo innecesaria y superflua. La única labor en la que el Estado se aplica con éxito es en la de reprimir la disidencia.

El Estado guineano y su peculiar extroversión tiene su origen en la administración colonial, de la que es heredero. El colonialismo español, como el de las demás potencias europeas, se empeñó en dirigir los esfuerzos productivos del territorio, y de los africanos que en él habitaban, hacia los mercados de la metrópoli. La economía colonial se basó fundamentalmente en la producción de café en la isla de Bioko, y cacao y madera en la parte continental. Al mismo tiempo, la autoridad era ejercida por y para los colonos europeos, representantes de unos intereses lejanos, que poco tenían que ver con los de los colonizados. Como expresa Bruce Berman, la clase social dominante durante la colonización era una clase ausente, ajena a la misma sociedad gobernada.⁶

La descolonización en 1968 significó, por una parte, la africanización completa de la administración que los españoles crearon para gobernar el territorio, y su desvinculación formal del Estado español. El nacionalismo anticolonial había reivindicado, en Asia y en África, el derecho de las poblaciones antes colonizadas a constituirse en naciones y conformar estados soberanos. La promesa de la independencia era la creación de un gobierno dirigido por y para los propios guineanos. Sin embargo, la construcción del nuevo Estado respetó y se hizo sobre unas estructuras que no habían sido creadas precisamente para el autogobierno de los africanos. Además, la capacidad de dominación y coerción que heredó el nuevo estado de la administración colonial era desproporcionada en relación a las fuerzas sociales africanas existentes. Éstas provenían de organizaciones políticas muy diferentes a las del Estado-nación, y durante la colonización habían sido domesticadas a través de las autoridades tradicionales del gobierno indirecto colonial.

Precisamente, uno de los mecanismos fundamentales del poder colonial, como era el gobierno indirecto, se perpetuó en el Estado poscolonial: lejos de democratizarse y representar los intereses locales en el nuevo contexto, las jefaturas de tribu y de poblado, los consejos de poblado y las comunidades de vecinos continuarían funcionando como último eslabón de un régimen despótico, como instrumento del control y la represión del Gobierno.

El nuevo Estado de Guinea Ecuatorial heredó, por tanto, las estructuras locales y de extroversión del sistema despótico colonial. No obstante, la independencia también provocó importantes transformaciones del aparato colonial-estatal. Por una parte, la minoría de africanos que había participado en la administración de la colonia como subordinados de los administradores europeos fue sustituida en gran medida por otras personas, y en un alto porcentaje desaparecieron a manos de la brutal represión del Gobierno del presidente Macías Nguema. Se podría hablar de una revolución social en el sentido de una sustitución de las elites fernandinas y educadas de la isla por la familia Nguema y sus seguidores, provenientes de uno de los distritos del interior de la parte continental del país. Los primeros años poscoloniales vieron la desaparición o el exilio de la pequeña clase de educados en el sistema colonial.

La economía también sufrió una ruptura importante, pues la represión generalizada y la huida de los colonos asentados en Guinea interrumpieron las producciones exportadoras de cacao y café y promovió que las familias guineanas se concentraran en una agricultura de subsistencia. No obstante, ello no significó la desconexión del Estado con respecto a la economía internacional, sino sólo la sustitución de unas fuentes de ingreso por otras, en concreto por los préstamos internacionales y de la ayuda al desarrollo que en los años sesenta y setenta todavía estaban a disposición de los gobernantes poscoloniales en ingentes cantidades.

Finalmente, las relaciones exteriores del nuevo Estado también sufrirían la ruptura relativa con la ex metrópoli como consecuencia, en parte, de que el vencedor de las elecciones presidenciales previas a la independencia no fue ninguno de los candidatos apoyados por el Gobierno español. El discurso anticolonial y a ratos antiespañolista de Macías Nguema también contribuyó a la degradación de estas relaciones, lo que culminó en la huida de la mayor parte de los españoles cinco meses después de la descolonización, cuando se iniciaba la deriva autoritaria del presidente ante un supuesto y nunca aclarado golpe de Estado. Esto tampoco supuso, sin embargo, la interiorización y reapropiación del poder por los guineanos, pues las malas relaciones con España fueron reemplazadas por las relaciones con otros países, concretamente del bloque socialista. El contexto de la guerra fría permitía a los nuevos líderes del tercer mundo encontrar el apoyo incondicional de una u otra superpotencia o de sus aliados, que no consideraban un impedimento para ello el tético balance de los derechos humanos del régimen de Macías.

En suma, la construcción histórica del Estado guineano, que se remonta a la colonia, explica la enorme capacidad coercitiva que tiene a su alcance, las conexiones internacionales que favorecen esa capacidad, y su consiguiente desvinculación relativa de la mayoría de la población. La inexistencia de fuentes de poder y enriquecimiento alternativas al Estado, con las que acumular poder y prestigio, hacen que

exista una gran resistencia por parte de quienes lo ocupan a permitir una alternancia pacífica en el poder, y que recurran a todos los medios represivos a su alcance para tratar de impedir el surgimiento de rivales políticos.

■ **Un régimen familiar**

Bajo la expresión de «un régimen familiar» queremos dar cuenta de varios fenómenos que caracterizan al poder político en Guinea Ecuatorial, y que también vinculan la actual situación con dinámicas de larga duración, más antiguos aún que la colonia. El primero y más evidente de ellos es que los principales cargos del Estado están ocupados por los miembros de una sola familia, proveniente del distrito de Mongomo. Fue en los primeros meses de la independencia cuando el presidente Macías Nguema fue sustituyendo a la elite nacionalista que había protagonizado la descolonización por miembros de su propio clan. La pertenencia a la familia Nguema se convirtió desde entonces en condición imprescindible para participar en lo que algún comentarista ha denominado el primer círculo de poder.⁷ Y también son las rivalidades y pugnas intrafamiliares las que explican gran parte del devenir político del país: el levantamiento que acabó con el Gobierno de Macías en 1979 no fue sino un golpe de palacio dirigido por su mismo sobrino y ministro de Defensa, Obiang Nguema, que desde entonces gobierna el país en la estela de la primera dictadura nguemista.

Con independencia de los cargos formales que se ostenten, es la cercanía familiar con la persona que ocupa la jefatura del Estado la que determina el grado de poder dentro de la administración o el ejército. De esta manera, un ministro o un general puede verse obligado a obedecer o rendir pleitesía a un subordinado si éste pertenece al clan gobernante. El secuestro del Estado por una pequeña elite, tan habitual en el contexto africano, se concreta en Guinea en una situación de exclusión masiva de la población del núcleo del poder y la riqueza en virtud del parentesco. Por otra parte, quienes pretenden disfrutar de los aledaños del poder del Estado, sólo pueden hacerlo a través de vínculos clientelares que los ligen, de forma también personal, a la familia Nguema.

Esta situación responde en parte a que una de las estructuras sociales básicas en Guinea Ecuatorial son las relaciones familiares. La debilidad y deslegitimación del Estado y de otras instituciones políticas convierten a la familia en el ámbito de organización, de amparo personal, y también de dominación, por excelencia. En las circunstancias de crispación social y enconadas luchas por la influencia de Guinea Ecuatorial, el ámbito familiar es donde se preservan las relaciones de confianza, y también donde se ejerce el mayor control social sobre los individuos. El parentesco constituye, de alguna manera, el principal modo de legitimación del Estado, sustituyendo

tivo de otras ideologías fracasadas, como la misión civilizadora del colonialismo, o el nacionalismo y la modernización de las independencias. Las dinámicas de la familia Nguema en la cúpula del Estado son fáciles de comprender por el resto de la población, inmersa como está en similares relaciones de afecto y poder. Este es el segundo sentido en el que el régimen político en Guinea es «familiar».

En tercer lugar, y vinculado con lo anterior, las relaciones familiares condicionan la actitud política de los individuos. Este asunto se hace más evidente cuando alguna persona decide formar parte de la oposición explícita al Gobierno: los costes personales de su decisión –pérdida de trabajo, ostracismo social y hasta represión física– son sufridos no sólo por él o ella sino por sus familiares, que se verán obligados a participar en la oposición o a presionarle para que desista. En este contexto podemos hablar de la actitud política de las mujeres, que sufren a menudo las consecuencias de decisiones tomadas por los hombres sin que su opinión sea tomada en cuenta. Los riesgos económicos y físicos que supone el enfrentamiento directo con las estructuras de poder existentes son percibidos por las mujeres como incompatibles con las responsabilidades que tienen asumidas como principales sustentadoras de los hogares en Guinea. De ahí que, en términos generales, las mujeres traten de situarse al margen del ámbito de la política en su carácter más público, y de las pugnas entre Gobierno y oposición.

Por último, podemos hablar de relaciones familiares en un sentido metafórico, para referirnos al carácter personalista que asumen las dinámicas políticas en África, como percibe con magisterio Bayart. La estructura clientelar sobre la que se asientan las dinámicas estatales convierte lo privado e íntimo –las relaciones fraternales, amorosas o mercantiles– en público. La pequeña población de Guinea permite además que el presidente conozca personalmente las trayectorias vitales de la mayor parte de sus subordinados y opositores. Este «carácter intimista no es la antipoda, ni tampoco necesariamente la matización, de la dominación y la desigualdad»: la misma represión se ejerce en contextos de cercanía de víctimas y verdugos.⁸ No es inusual la visita de ministros y del propio Obiang a la principal cárcel del país, situada a los pies del palacio presidencial, a veces para ofrecer a los opositores a quienes se tortura la posibilidad de entrar a formar parte de las redes clientelares del Estado y del mismo Gobierno. La familia como metáfora política no implica, precisamente, la benignidad de las relaciones de poder.

■ Las transformaciones de la extroversión

Las conexiones entre las dinámicas internas de la población guineana y procesos transnacionales más amplios son el marco en el que debemos comprender el carácter del régimen político en Guinea Ecuatorial. Como mencionamos más arriba, la

elite gobernante utiliza los recursos provenientes del exterior para mantenerse en el poder y acumular riqueza con la que lucrarse y sustentar a su clientela. Esta extroversión de las fuentes del poder hace que los cambios que se dan en el ámbito internacional tengan una enorme repercusión en el devenir político del país. Pero a su vez, acontecimientos locales pueden transformar el carácter y las formas que asume la misma extroversión.

De esta manera, el golpe palaciego que llevó a Obiang Nguema a ocupar la jefatura del Estado en 1979 tuvo consecuencias en la política exterior del nuevo Gobierno, que en el contexto de la guerra fría buscó en los países occidentales el apoyo económico que antes llegaba del bloque soviético. Hasta entrados los años 90, la ayuda al desarrollo proveniente de los países industrializados se convirtió en la principal fuente de ingresos del Estado; en 1982 se celebró la primera conferencia de países donantes auspiciada por el PNUD, que se repetiría seis años más tarde. En este contexto, se fortalecieron también las relaciones con Francia y con los países francófonos vecinos: en 1983, en la organización regional de la UDEAC, hoy CEMAC, y en 1985, en la zona económica del franco CFA. No obstante, España siguió siendo el principal donante bilateral del país y aumentó considerablemente los fondos destinados a su antigua colonia con la firma del primer Plan Marco de la cooperación en 1985.

Esta situación iba a verse de nuevo modificada como consecuencia del fin de la guerra fría, las nuevas políticas de cooperación internacional y las transiciones políticas que parecían estar verificándose en toda África. Efectivamente, a partir de los años 1989-1990, las exigencias democratizadoras en el interior del continente africano encontraron un apoyo inestimable en los nuevos discursos de los principales donantes como Francia, la Unión Europea o Estados Unidos, que, frente a lo que ocurriera durante las décadas anteriores, comenzaron a considerar el respeto a los derechos humanos y los procedimientos democráticos de Gobierno como condición para el desembolso de su ayuda. En Guinea Ecuatorial, las nuevas exigencias internacionales se reflejaron en la reforma constitucional de 1991, que puso fin formalmente al sistema de partido único, legalizó los partidos políticos y estableció la celebración de elecciones periódicas para designar al presidente de la república, a los miembros del Parlamento y a las corporaciones municipales.

Las presiones internacionales a favor de la democratización se hicieron sentir con especial fuerza durante la primera parte de la década de los 90. La continua violación de los derechos humanos, la represión a la que eran sometidos los partidos de la oposición recién legalizados, y el fraude sistemático en las elecciones, dio lugar a la retirada parcial de la cooperación española en 1994 y contribuyó al cierre de la embajada de Estados Unidos en Malabo en 1996. La crisis financiera estimulada por la devaluación del franco CFA por parte de Francia proporcionó a los donantes

y en especial al Gobierno español la posibilidad de exigir con más eficacia una mayor apertura de la dictadura a cambio de la renegociación de la deuda. Ello dio lugar a que las elecciones municipales de 1995, a las que la oposición se presentó unida en la Plataforma de Oposición Conjunta (POC), fueran las más libres de las celebradas desde el inicio del multipartidismo en Guinea. Como consecuencia de ello, la oposición venció en 19 de los 27 municipios guineanos, aunque en negociaciones posteriores con el Gobierno sólo se le reconocieran 9 alcaldías.

Las conminaciones externas a la democratización se han mostrado, no obstante, ineficaces más allá de la modificación formal de la legislación y el revestimiento visible del Estado. Ello es consecuencia de la contumacia de dinámicas de poder antidemocráticas de la sociedad guineana, cuya democratización precisa algo más que requerimientos internacionales. Pero también de las propias contradicciones de los actores externos, que tienen en África intereses y políticas a menudo encontradas. Esto se puso de manifiesto en Guinea a mediados de los años 90, cuando el descubrimiento y explotación de inmensos yacimientos petrolíferos volvió a transformar el carácter de la extroversión del Estado guineano.

Efectivamente, desde 1994-1996 los ingresos del Estado provenientes de las empresas estadounidenses y francesas que explotan el petróleo han convertido en innecesaria la ayuda al desarrollo para la supervivencia del Estado. Los poderosos *lobbies* petrolíferos han sustituido a las organizaciones no gubernamentales o las órdenes religiosas en la influencia sobre la política exterior de los países industrializados hacia Guinea. Los donantes occidentales, incluida la antigua metrópoli, se muestran abiertamente más complacientes ante la situación política guineana, con la vista puesta en la participación de sus empresas en la lucrativa industria del petróleo o sus aledaños. La nueva extroversión se basa ahora, no en la cooperación al desarrollo, sino en la explotación de una materia prima de la que depende gran parte de la economía internacional, y de alguna manera se han invertido los términos de la dependencia entre el Gobierno guineano y los gobiernos occidentales.

El petróleo también ha transformado la política regional y las relaciones de Guinea con los países vecinos, para los que ha pasado a ser un socio influyente. En línea con el carácter personalista del poder en África, lo que se ha reforzado, más que las relaciones interestatales, son las relaciones del dictador Obiang con sus colegas en el Gobierno más afines, para muchos de los cuales el acceso al petróleo guineano significa un arma poderosa contra sus opositores políticos internos. De este modo, la extroversión se convierte en un fenómeno que va más allá del Estado, y favorece la autocracia a nivel regional.

El carácter de enclave de la producción petrolífera y la propiedad estatal de los yacimientos ha dado al Estado un acceso directo a la riqueza, sólo mediado por

empresas extractivas extranjeras. De este modo el papel de la población es más de espectador que de participante, y la actividad económica de ésta se convierte en residual para el Estado. Por su misma naturaleza, la economía de enclave no sólo no propicia que prospere ningún grupo social al margen del Estado, sino que permite a éste llevar a cabo la política de empobrecimiento y desmovilización a la que hemos hecho referencia más arriba.

La explotación del crudo ha hecho más invulnerable, por tanto, a la elite en el poder frente a las exigencias de democratización internas e internacionales. Lejos de avanzar en la limpieza de las elecciones, las posteriores a las municipales de 1995 han sido una sucesión de fraudes manifiestos. En la última parte, atenderemos precisamente al significado de las elecciones y a la política de la oposición.

■ La democracia simulada y los dilemas de la oposición

Como venimos contando, desde principios de los años 90 la celebración de elecciones periódicas se ha convertido en parte del paisaje político en Guinea Ecuatorial. Ello ha supuesto la aparición y legalización de grupos políticos diferentes al Partido Democrático de Guinea Ecuatorial del presidente Obiang. Sin embargo, la falta de libertad de los votantes y el fraude generalizado que se ha producido en todas las convocatorias electorales ha impedido la alternancia en el poder, a pesar de la deslegitimación generalizada de la elite gobernante. Además, en los periodos entre elecciones, la represión permanente contra los militantes de la oposición disuade a la mayoría de la población de participar en los mismos, socavando así el sentido del multipartidismo.⁹

En este contexto en el que los ocupantes del Estado no muestran intención alguna de abandonarlo, ¿qué papel cumplen las reformas constitucionales, las reuniones y acuerdos del Gobierno con los partidos políticos, los compromisos internacionales a favor de la democratización o la celebración de elecciones? ¿Por qué el poder hace uso de la farsa política y del simulacro? La idea gramsciana de hegemonía no es fácilmente aplicable aquí, cuando la mayoría de la población es consciente de la representación a la que asiste durante los comicios. La democracia constituye un lenguaje vacío, que apenas puede competir con otros, menos explícitos pero más efectivos a la hora de lograr la conformidad de la población, como puede ser el lenguaje del parentesco al que hacíamos referencia, o el de la brujería.

Sin embargo, la democracia simulada posee también sus utilidades para el grupo en el poder. En primer lugar, y como ya mencionamos, la celebración de elecciones se convirtió tras la guerra fría en un requisito para la continuidad de la ayuda y de la «respetabilidad» internacional, y constituyen hoy un fenómeno habitual en toda

África. La exigua calidad democrática exigida por donantes y organismos internacionales a los países africanos ha favorecido, en parte, la neutralización de la capacidad de transformación social y de participación popular de las nuevas instituciones adoptadas. De manera que las elecciones y los partidos funcionan sobre todo como condiciones de aceptabilidad internacional.

En segundo lugar, la adopción del lenguaje de la democracia permite al Gobierno «trivializar» y domesticar el potencial de las exigencias democráticas.¹⁰ El descreimiento general de la población hacia la capacidad transformadora de las elecciones perjudica a los grupos políticos que pretenden atraer con reivindicaciones de carácter democrático a los ciudadanos descontentos. El régimen de Obiang ha aprendido a canalizar y manipular las ambiciones y exigencias políticas a través de los partidos, a los que legaliza e ilegaliza, tolera, atrae o reprime, arbitrariamente.

La posibilidad de organizarse políticamente en partidos ha generado, no obstante, dinámicas propias, que a veces han ido más allá de las intenciones de los gobernantes. Muchas elites alternativas vieron en el multipartidismo una forma de competir por el poder del Estado en condiciones de legalidad, y muchos fueron los partidos políticos que surgieron en 1993 alrededor de individuos influyentes. En ellos se han visto reproducidos a menudo el personalismo y la importancia del parentesco que se da en la cúpula del Estado. A lo largo de la década de los 90, la violencia sistemática ejercida contra los opositores ha ido transformando las actitudes políticas de muchas de estas elites.

Tres son las estrategias de los militantes de la oposición ante la política del miedo del Gobierno. La primera es la huida: muchos son los guineanos exiliados en los países vecinos o en Europa, y también los que se han retirado y tratan de mantenerse al margen de la lucha política, en línea con la actitud de la mayoría de la población. La segunda es la integración en el Gobierno, en el «segundo círculo» del régimen, donde disfrutar de las prebendas del poder por las que competían antes desde la oposición, o donde poder evitar los inconvenientes económicos y familiares de enfrentarse al Gobierno. Esto es consecuencia de la política gubernamental a la que aludíamos al principio, que combina la represión con la cooptación, y que ha logrado la fragmentación de casi todos los partidos guineanos, cuyas facciones aún legalizadas forman parte de la coalición gobernante alrededor del PDGE.

La tercera estrategia es el aguante físico, económico y moral, que pocos grupos han logrado sostener. Actualmente, sólo Convergencia Para la Democracia Social, partido integrado en la Internacional Socialista, conserva el estatuto de partido legalizado y se mantiene al margen de la coalición gobernante. La excarcelación en agosto pasado de su secretario general sin que éste hubiera sucumbido a los ofrecimientos mientras estaba en prisión de entrar a formar parte del Gobierno, así como

la tenacidad de sus militantes ante los numerosos atropellos a sus derechos humanos, consolidan un pequeño espacio de resistencia en el opresivo contexto político guineano. Paradójicamente, tras más de diez años de existencia, CPDS ha conseguido para sus miembros un grado de libertades personales –de expresión, reunión, asociación...– de las que no disfruta el resto de la población. Ello es consecuencia, en parte, de la estrategia de aguante, así como del reconocimiento fuera de las fronteras guineanas que ha logrado este partido, y del que carecen otros grupos políticos.

La persistencia de CPDS demuestra que, más allá de la capacidad del Gobierno de domesticar la disidencia a través de los partidos políticos, éstos también conforman un espacio de expresión de demandas sociales frente al Estado. De hecho, si se consideran las dificultades políticas y económicas para la articulación de una sociedad civil en Guinea, padecidas por las mismas ONG de la cooperación internacional,¹¹ los partidos políticos aparecen como las organizaciones sociales más relevantes. De ahí que el lenguaje de la democracia y la política de la oposición constituyan no sólo un instrumento en manos del Gobierno para desarmar el descontento social, o de las elites alternativas para alcanzar el poder, sino también la oportunidad de generar espacios cada vez más amplios de disidencia y libertad entre una población sometida a décadas de opresión.

1. AMNISTÍA INTERNACIONAL, Informe «Una parodia de juicio para reprimir a la oposición», julio 2002. Plácido MICÓ, «Hacer oposición en Guinea Ecuatorial», *El País*, 9/9/2003.
2. Datos del Banco Mundial, World Development Indicators 2002, y del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, IDH 2002.
3. Esta diferencia es de -78 en el IDH de 2003. La ligera mejoría experimentada por el IDH en los últimos años, debido al aumento espectacular de la renta per cápita, se ha estancado en 2003, con una cifra levemente inferior a la del año anterior, que ha pasado de un valor de 0.679 a 0.664.
4. GLOBAL WITNESS, Press Release, 20/1/2003; Ken SILVERSTEIN, «Oil Boom Enriches African Ruler», *Los Angeles Times*, 10/1/2003.
5. Jean-François BAYART, «Africa in the World: A History of Extraversion», *African Affairs*, 2000, 99.
6. Bruce BERMAN, «Structure and Process in the Bureaucratic States of Colonial Africa», en B. BERMAN y J. LONSDALE, *Unhappy Valley. Conflict in Kenya and Africa I*, James Currey, Londres / Heinemann Kenya, Nairobi/ Ohio U.P., Atenas, 1992.
7. José Luis NVUMBA MAÑANA, «El papel de las Fuerzas Armadas y los Cuerpos de Seguridad del Estado en el proceso de transición en Guinea Ecuatorial», ponencia presentada en el Primer Foro de Encuentro sobre la Transición Política en Guinea Ecuatorial, Madrid, 9/10/2003; ASODEGUE, Hoja nº64 / 2003.
8. Jean-François BAYART, *El estado en África. La política del vientre*, Eds. Bellaterra, 1999 (1989), p.351.
9. CPDS, Informe «Los procesos electorales en Guinea Ecuatorial: La historia de las frustradas esperanzas».

zas de democratización», www.cpbs-gq.org/documentos/elecciones2003

10. Claude AKE, «La democratización del desempoderamiento», *Nova Africa* 14.

11. MÉDICOS SIN FRONTERAS, Guinea Ecuatorial: El imposible espacio humanitario, dossier dic.1999.

Este artículo se ha llevado a cabo gracias a una beca posdoctoral de la Comunidad de Madrid.